

VISITA A VENEZUELA

Encuentro con Obispos

Casa Ibarra de la CEV

Lunes 8 de julio de 2019

✠ Jorge Carlos **Patrón Wong**
Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero

PRIMEROS RESPONSABLES DE LA FORMACIÓN

II. Selección y preparación de los formadores

INTRODUCCIÓN

La *Ratio Fundamentalis* nos da una orientación precisa sobre **el modo de ejercer la competencia propia del Obispo** en el Seminario diocesano: *El Obispo es el primer responsable de la admisión al Seminario y de la formación para el sacerdocio. Tal responsabilidad se expresa en la elección del Rector y de los miembros del equipo formador* (RFIS 128).

Tiene una gran importancia **el trato que el Obispo tiene con los sacerdotes del equipo formador**. El documento conciliar sobre el ministerio de los Obispos nos puede ayudar a conseguir una aproximación positiva: *Traten siempre con caridad especial a los sacerdotes, puesto que reciben parte de sus obligaciones y cuidados y los realizan celosamente con el trabajo diario, considerándolos siempre como hijos y amigos, y, por tanto, estén siempre dispuestos a oírlos, y tratando confidencialmente con ellos, procuren promover la labor pastoral íntegra de toda la diócesis* (CD 16). Nos preguntamos, ¿cuál es el trato que debe el Obispo a estos colaboradores que comparten con él la delicada responsabilidad de la formación sacerdotal?

▪ **Confiar siempre** en equipo formativo. Es natural que el Obispo se fie de los formadores que ha elegido. Si en algún momento no le satisface su modo de proceder, conviene que promueva su adecuada preparación, exija que realicen verdaderos procesos de acompañamiento y elaboren buenos informes, pero nunca pretenda sustituirlos.

▪ **Apoyar la acción de los formadores.** En sus intervenciones, el Obispo deberá apoyar la acción objetiva de los formadores, que se plasma particularmente en el proyecto integral de formación. Conviene para ello que conozca bien el proyecto formativo y utilice el mismo lenguaje que los formadores. Si le resulta difícil, consultar a los formadores antes de hablar a los seminaristas para verificar que su mensaje sea pertinente.

▪ **Acompañar a los formadores.** La mejor capacitación para ayudar a otros en su proceso de crecimiento vocacional consiste en saberse acompañado a su vez. Así la cercanía del Obispo con cada formador se convierte en una pieza clave para facilitar, a través de ellos, el acompañamiento de los seminaristas.

Por otro lado, queda claro que el Obispo **no realiza el acompañamiento** personal y directo, ni durante la pastoral vocacional, ni durante la formación inicial, sino a través de los formadores. Así se entiende la expresión «primer responsable». La función de acompañar y discernir directamente corresponde a los promotores vocacionales y a los formadores. Este modo de pensar se traduce en algunas actitudes prácticas.

▪ **Nunca asumir** el acompañamiento ni el discernimiento de las vocaciones. El Obispo se puede entrevistar con los seminaristas, sobre todo si ellos lo piden, pero ha de remitir siempre a los formadores, que son los que realizan el acompañamiento y el discernimiento en trato directo con los candidatos.

▪ **Nunca decidir en contra del parecer del equipo formador.** Si el Obispo tiene dudas sobre un caso particular, convendría que provoque un diálogo personal con el Rector, conozca cómo se han hecho los escrutinios, verifique la calidad del acompañamiento, pero no actuar en contra de su equipo, porque además de ponerse en un riesgo grave, lo está desacreditando.

▪ **No hacer excepciones** en cuanto a la duración de los procesos de acompañamiento o en cuanto al régimen de la formación. Cualquier excepción tendría que partir de una sugerencia del equipo formador.

▪ **No imponer criterios** sobre la formación, las etapas o la organización del Seminario que no hayan sido dialogados profundamente con los formadores con la debida anterioridad.

Si son así las cosas, la atención del Obispo se tendrá que centrar en el acompañamiento de los formadores. Efectivamente, la selección y preparación de los formadores nos remite a **cierta novedad, a una mayor exigencia, a una implementación pedagógica de la formación, a un más cuidadoso acompañamiento y discernimiento** de las vocaciones sacerdotales. A continuación se presentan algunos puntos de atención en el cuidado de los formadores.

LA VOCACIÓN DEL FORMADOR

*Los formadores, en el ejercicio de su misión, descubren una oportunidad de crecimiento y pueden reconocer el carisma específico del acompañamiento vocacional y de la vida sacerdotal, como **llamada** que los enriquece personalmente (RFIS, 152).*

El sacerdote formador, como todos los demás sacerdotes, y como ser humano que es, está en **continuo cambio**. A fin de que las circunstancias que se van presentando en su vida, sean asimiladas en sentido positivo, es decir, lo ayuden a crecer y a responder mejor a su vocación, se requiere un continuo proceso de **formación permanente**.

La formación permanente no es sólo intelectual, especializándose en una gama de contenidos; sino que ha de abarcar todas las dimensiones de la formación. El hecho de **ser formador** se constituye en una **oportunidad de formación permanente**, pues a través de la misión que realiza en el Seminario, alimenta su propia vida vocacional.

No se trata de ser los mejores, pero sí de mantenerse en un continuo proceso de crecimiento. La **disposición para aprender de todas las circunstancias de la vida** es la actitud que anima la formación permanente. Dentro de los ámbitos de la formación permanente, uno que no puede ser descuidado por el sacerdote formador, es la necesidad de prepararse continuamente en el **arte de acompañar** a otros a descubrir su vocación y a que puedan responder a ella de acuerdo con el querer de Dios que llama.

El sacerdote que descuida su formación permanente, difícilmente podrá ayudar a otros a que se formen. Si la meta es formar integralmente, debe también estar formándose siempre e integralmente. La formación acaba dos horas después de la muerte. Se necesita una **sana tensión** que empuje al crecimiento. Si está muy tranquilo con los resultados obtenidos hasta hoy, se puede “dormir en los laureles” y “camarón que se duerme se lo lleva la corriente”. Conviene preguntarse a menudo: ¿en qué áreas de mi vida estoy creciendo; en cuáles, estoy quieto; y en cuáles otras, estoy retrocediendo?

*«Gran parte de la eficacia formativa depende de la **personalidad madura** y recia de los formadores» (Pastores dabo vobis, n. 66).* No hay formadores perfectos, pero sí perfectibles, que cada día se ponen en camino, no solo para trabajar en la formación de los otros, sino también, sobre su propia formación.

LA CONTINUA REVISIÓN

La fe cristiana sitúa al discípulo de Jesús en **una tensión interior**: desde la creación hacia la consumación; desde la meditación de la Palabra evangélica hacia su difusión hasta los confines del mundo; desde la propia debilidad y pobreza hacia el

ideal de una vocación específica. Esta tensión profunda se parece a lo que se habla al oído en una habitación y luego es proclamado desde las azoteas (Cf. Lc 12, 3), a la pequeña semilla de mostaza que llega a convertirse en el más grande de los arbustos (Cf. Mt 13, 31-33) o a la diminuta luz que ilumina a todos los de la casa (Mt 5, 16). Se trata de **un dinamismo polifacético** que remite a la vida nueva recibida en el bautismo y atisba hacia la vida eterna.

Esta óptica de fe es la clave adecuada para **interpretar el don de la vocación presbiteral**. Se trata de un don, una semilla depositada en el corazón del hombre, que apenas germina y está llamada a crecer. Como los buenos agricultores, que no entienden cómo sucede este crecimiento (Cf. Mt 4,27), contemplan con gozo los pequeños tallos, la espiga que despunta y después el trigo abundante en la espiga, así el creyente **percibe el humilde germen del llamado de Dios que poco a poco crece y da fruto**. La labor del agricultor es simple: debe echar la semilla en la tierra, permanecer atento a su crecimiento, retirar las malas hierbas y disfrutar con la cosecha.

Me he entretenido en estas metáforas evangélicas porque considero que es totalmente natural que la vocación se someta a **una continua revisión**, sea en el momento previo de la pastoral vocacional y el seminario menor, en el que apenas se distingue un germen, en el momento inicial del Seminario mayor, en que se afirma la identidad discipular y se establecen las bases para la configuración con Cristo pastor, o en la formación permanente cuando la espiga se desarrolla y da fruto. **Los formadores en todas estas etapas son humildes testigos**. No saben cómo crece la semilla, pero **ponen todos los medios de que disponen para su desarrollo**. Los agricultores son conscientes de que cada planta tiene una suerte, que no hay dos iguales y los frutos que producen son distintos en cantidad y calidad. Y las cuida a todas porque son las plantas que tiene.

La mirada de fe del formador es capaz de **percibir la parte germinativa** y la acoge de tal modo que permite su crecimiento. Por supuesto, **también percibe la parte vulnerable** y trata de neutralizar su efecto. Realiza su trabajo en este juego delicado de **acogida y aprecio** profundo por una parte y de **observación detallada y exigente** por otra, todo impregnado de la gratitud y el amor que corresponden a quien ha recibido un don inmerecido.

El cuidado amoroso que tiene con los seminaristas, también lo tiene consigo mismo: es **consciente del don que germina y crece en su interior y también de su vulnerabilidad**. La misma tensión amorosa le lleva a afrontar la vida fraterna en el **gozo agradecido** por el crecimiento del hermano en su camino de santidad y en el **dolor solidario y la corrección fraterna** en su debilidad y pobreza.

Y así, hemos dibujado **el clima formativo del Seminario**. Como lo dice el nombre de la institución, todo gira en torno a la semilla y su crecimiento. El proceso formativo de los seminaristas, la propia maduración y santificación personal y la vida

fraterna en el equipo formador. En este ambiente, que es como un oasis, **todo se halla en proceso de desarrollo**, porque **el crecimiento de unos facilita el de los otros**, así como el anti testimonio de unos puede afectar gravemente al desarrollo de los otros. De ahí la importancia de que el Seminario plantee una exigencia formativa **para todos los que forman la comunidad educativa**. Para cada uno de ellos, particularmente para el equipo formador, la participación en esta comunidad es un don y un privilegio.

Una comunidad de fe como la del Seminario, no se envanece a causa de los éxitos y no se paraliza a causa de las dificultades, sino que **se mantiene siempre en camino**, con esperanza. Es como una granja, en la cual la vida no se detiene, porque hay seres vivos que requieren una continua atención.

LA FORMACIÓN PERMANENTE DE LOS FORMADORES

El principal responsable de la formación permanente es el mismo sacerdote. Este principio es particularmente válido para los miembros del equipo formador. Aprovechar o no esta oportunidad depende fundamentalmente de la actitud de cada uno. Y así como hay seminaristas que permanecen en el Seminario sin formarse de verdad, así puede haber formadores que «cumplen» con una encomienda pero no se sitúan en una perspectiva de crecimiento.

El capítulo dedicado a los agentes de la formación en la *Ratio fundamentalis* concluye con estos párrafos:

El compromiso de los agentes de la formación puede ser descrito como una disposición interior, arraigada en una intensa experiencia espiritual y orientada por un constante discernimiento, que les permite aprender de la vida y de las diversas circunstancias, y reconocer en ellas la acción providencial de Dios en el propio proceso cristiano o sacerdotal. Desde la profundidad de esta disposición se mide la calidad del servicio ofrecido a los seminaristas y, al mismo tiempo, de ella depende un sereno clima formativo en el Seminario.

Los formadores, en el ejercicio de su misión, descubren una oportunidad de crecimiento y pueden reconocer el carisma específico del acompañamiento vocacional y de la vida sacerdotal, como llamada que los enriquece personalmente. En este sentido, el Seminario puede llegar a ser una escuela que prepara a los responsables para la formación permanente. Quien ha sido formador en el Seminario adquiere una particular sensibilidad y una rica experiencia para, posteriormente, poder acompañar la formación permanente del Clero.

El primer dato que quisiera resaltar es que estamos hablando de una **disposición interior**, es decir, de una actitud o predisposición a responder, que deberá ser tan estable como las actitudes que pedimos a los seminaristas para su discernimiento vocacional. Es una disposición a aprender de la vida y sus circunstancias, en concreto,

de las condiciones de la comunidad formativa, del equipo, del edificio, etc. Allí, el formador bien dispuesto descubre la mano providente de Dios que le ayuda en su proceso de crecimiento. Esta disposición interior tiene una particular realización en lo que se refiere a las personas. Efectivamente, de ellas «recibimos» las mejores lecciones de formación permanente:

LOS SEMINARISTAS. Contemplar con los ojos de la fe a los seminaristas implica **percibir con transparencia los dones que permanecen en ellos** y están en continuo crecimiento.

- El primero y más natural es **la gran riqueza que cada seminarista lleva consigo** cuando ingresa al Seminario: la de una familia, un proceso educativo, una experiencia apostólica, una parroquia de referencia.

- El formador necesita percibir y valorar **la lucha interior y el crecimiento** conseguido por cada seminarista, aunque éste sea mínimo, es contemplar cómo crece la semilla del reino. Después será función suya reflejar este proceso, pero antes necesita valorarlo.

- Una mirada de fe es siempre personalizadora, de modo que el formador pueda **captar el genio propio de cada seminarista** y aprender de cada uno en particular y también de su familia.

- En este contexto es evidente la riqueza renovadora que significa para un formador el **contacto con jóvenes creyentes** de las nuevas generaciones.

EL EQUIPO FORMADOR. Para un sacerdote diocesano la participación en un equipo formador es sin duda un gran privilegio y representa una oportunidad formativa única en su vida. Es fundamental que valore esta experiencia, de modo que pueda aprovecharla bien.

- Como con los seminaristas, la actitud contemplativa hacia cada uno de los padres del equipo provocará **una mirada benedicta** y una capacidad de **percibir la originalidad de las aportaciones de cada uno** y sobre todo los **rasgos de santidad sacerdotal** que viven. Es percibir la parte germinativa de los compañeros y alegrarse con su bien.

- Un medio precioso para el crecimiento personal es el **trabajo en equipo**. En el equipo formador hay muchas ocasiones para ello. Se trata de vivir la preciosa complementariedad que nos conduce a **pasar de lo «mío» a lo «nuestro»** en materias que son del máximo interés en la propia vida sacerdotal.

- Dentro del trabajo en equipo tiene un valor especial la **confección de los itinerarios formativos**. Cuando presentamos a los seminaristas un desafío formativo bien fundamentado, es casi imposible que tal propuesta no pase por **el tamiz del cuestionamiento personal**. De esta manera, el primer ámbito de aplicación del itinerario es el propio formador, que revisa su vida a partir de lo que enseña.

- Tiene importancia el hecho de que los sacerdotes del equipo formador **se presenten juntos** ante los seminaristas, poniendo en evidencia su ser fraterno y

poniendo a funcionar su capacidad de colaboración práctica. Este solo hecho es profundamente educativo para todos, comenzando con los padres del equipo.

- La **relación con las familias de los formadores** es muy significativa tanto para cada uno de los compañeros como para las mismas familias. Por un lado, mostrar ante ellas una **afectuosa acogida**, por otro lado, teñir la relación de un talante sacerdotal, involucrando a las familias en la oración por los sacerdotes y en la **actividad apostólica** del Seminario.

- Son interesantes los **momentos privados del equipo formador**, donde el compartir se hace más denso, sea por la manifestación más serena de sí mismos, por el compartir el propio pensamiento, la vida espiritual y el ocio. Es dar forma específica a la íntima fraternidad sacramental. Son momentos que, aunque no sean vistos directamente por los seminaristas, tienen una trascendencia, porque crean la comunión.

LOS COLABORADORES. Me refiero a todas esas personas que colaboran en la formación y no son miembros del equipo formativo. Con muchas de ellas el formador tiene un trato bastante cercano: el personal de la cocina y de intendencia, porteros, jardineros, bibliotecarios, personas que hacen la limpieza, etc. Por otro lado, están los sacerdotes, religiosos o laicos que intervienen con los seminaristas: profesores, expositores para charlas de formación complementaria, directores espirituales auxiliares, responsables de la actividad apostólica, acompañantes durante los períodos de vacaciones. Además están las familias de los seminaristas que son una parte importante de la comunidad educativa. Se trata de una red de relaciones humanas, que es reflejo de la riqueza de la Iglesia particular. Es fundamental que todos estos colaboradores encuentren también en el Seminario un ámbito de crecimiento personal, discipular y vocacional. Las actitudes adecuadas de los formadores hacia este conjunto de colaboradores también son ocasiones de formación permanente:

- La **cercanía a todos**. Se espera de los sacerdotes del equipo formador una relación cercana y amistosa con cada uno de los colaboradores, sobre todo de los que interactúan en torno a la encomienda formativa de cada uno de ellos. Todos son personas de grande valor, que están allí colaborando movidos por su fe y son, en general, conscientes de la importancia de su testimonio de vida. El formador ha de ser para ellos presencia cercana, fuente de aliento y sostenimiento en medio de sus luchas y dificultades.

- La **escucha atenta**. Nuestros colaboradores tienen la capacidad de hacernos ver ciertas deficiencias del Seminario y de corregirnos fraternalmente. Prestar una escucha atenta a sus puntos de vista puede ser muy formativo para los formadores, sobre todo porque obran desde un estilo fraterno que deriva de su fe y de un honesto interés por el bien de la Iglesia.

- El **acompañamiento**. no se trata de un acompañamiento sistemático, como el de los seminaristas, sino del acompañamiento pastoral que privilegia a cualquier persona que pasa por situaciones difíciles y procura una cercanía particular hacia ella. En esta proximidad pastoral de parte de los formadores se juega en una buena medida el sentido de pertenencia a la comunidad educativa. Es conveniente que el acompañamiento a los

miembros de la comunidad educativa sea realizado por todos los formadores en las relaciones que más competen a cada uno, de modo que el equipo formador emita un mensaje unánime y muestre un modelo pastoral a los seminaristas.

LAS OCASIONES PARA LA FORMACIÓN PERMANENTE DE LOS FORMADORES

Si existe la actitud formativa, cualquier sacerdote descubrirá en su ministerio muchas ocasiones para la formación permanente. Este enunciado equivaldría a una versión moderna del ordo más clásico: «conseguirá su santificación en el ejercicio del ministerio». Ser formador en el Seminario es una oportunidad de oro en este camino de santificación, a la que podemos calificar de «integral» si toca todas las dimensiones de la persona del formador. A continuación presento un elenco de algunas ocasiones que se dan en todos los Seminarios y son particularmente significativas:

▪ **El horario comunitario.** Un ámbito bien específico de apertura al propio crecimiento consiste en **asumir con seriedad el horario comunitario**, tal como lo pedimos a los seminaristas. Particularmente los **momentos de carácter personal**: oración, estudio, deporte, apostolado. Nótese que el horario toca todas las dimensiones de la formación. Los nuevos formadores experimentarán la sensación de «volver» al Seminario, con todo el sentido positivo y formativo que esto tiene. No huir de esa sensación, sino aprovecharla intensamente. Que los formadores sean los primeros en estar presentes en **los puntos más quebradizos del horario comunitario**. Si todos los formadores cultivan esta actitud estarán dando un mensaje contundente que es sólido porque brota de la honesta responsabilidad sobre su propia formación permanente. Solo con esto, la experiencia de ser formador se torna muy productiva.

▪ **Las clases.** Habitualmente los formadores asumen algunas asignaturas. A veces las de su propia especialidad. Otras veces asumen las que no tienen profesor. **Enseñar es uno de los caminos más eficaces para el aprendizaje**, pues uno profundiza más cuando tiene que transmitir un conocimiento. La **preparación concienzuda** de las clases de los formadores tiene una importancia central, porque avala toda la dimensión intelectual. Observen que nuevamente el movimiento va de la formación permanente del formador a la formación inicial de los seminaristas. **La preparación didáctica** de los profesores del Seminario y en especial de los que son formadores tiene una gran importancia, porque un contenido profundizado que se expresa por los medios adecuados hace brillar el valor de los estudios filosóficos, humanísticos y teológicos propios de la formación sacerdotal. Es lamentable que en muchas ocasiones estas ciencias se enseñan mal, sin métodos adecuados, porque con ello se oscurece su contenido y se pone a dura prueba la motivación de los seminaristas. Los formadores deben dar luz sobre esta situación, provocando un cambio desde lo más íntimo de la comunidad educativa.

▪ **Las entrevistas personales.** Este es un ámbito precioso de formación permanente. La práctica asidua de la entrevista provoca un continuo crecimiento en el acompañante en varias direcciones. **La escucha paciente y empática** es un medio para la maduración personal. Dedicar horas a la escucha, conseguir un gusto por escuchar,

practicar una ascesis de la escucha que permite al acompañante acertar mejor en lo que diga o haga. La escucha prolongada durante meses y años, que conduce a una valoración incondicional de las personas. **El conocimiento interior de los seminaristas**, de la lucha interior de cada uno, con sus avances y retrocesos, y con el desarrollo que se va consiguiendo a ritmos diferentes, según las condiciones de cada sujeto. Conocer esta realidad interior beneficia inmensamente al formador. Desde este conocimiento toma cuerpo la oración por cada seminarista y el gozo de verlo crecer. **La síntesis.** El formador que acompaña de un modo sistemático puede hacer al final del proceso una síntesis que presenta al seminarista, haciéndole descubrir la obra que el Espíritu Santo va haciendo en él. Este servicio humilde, inteligente, detallado y útil que hace el formador, pone en evidencia el profundo sentido de las horas empleadas durante las entrevistas y preparan la posibilidad de que este formador asuma con el paso del tiempo la formación permanente del clero.

▪ **El acompañamiento grupal. La observación** de los grupos de seminaristas, con el doble sentido de **las dinámicas que establecen** entre ellos y **los contenidos** que comunican, es un campo formativo muy importante. Es el formador que permanece atento al funcionamiento de los grupos y busca el momento adecuado para ofrecerles una retroalimentación. El fin de este trabajo es **conseguir un clima grupal evangélico**, tanto **en sus dinámicas** como **en sus contenidos**. Es una clave importante para toda la formación, porque si el grupo de seminaristas funciona con criterios mundanos, no será asimilado el contenido de la formación. El solo hecho de **permanecer atento, observando**, ya es un medio de crecimiento para el formador. Recordar a Jesús que percibía lo que los discípulos pensaban y decían entre sí. El formador deberá **preparar una retroalimentación** y **buscar el momento más adecuado** para hacerla. Podemos recordar a Jesús que pregunta a los discípulos: «¿De qué conversaban por el camino?» y a continuación les hace ver con muchísima claridad los comportamientos que no son válidos en el grupo discipular y, positivamente, lo que debe ocurrir «entre ustedes». Este ejercicio es exigente para formadores y seminaristas. Después de la retroalimentación corresponde **seguir observando** y, si es el caso, gozar con el resultado conseguido, que será probablemente un clima grupal más limpio, un aire comunitario más fresco, un deseo de santidad compartido.

Quizá bastan estos cuatro ejemplos para mostrar el tipo de oportunidades de crecimiento que se presentan a los formadores y dibujan un fecundo camino de formación permanente. Parece increíble que existan formadores que se instalan en el Seminario, convirtiéndolo en una zona de confort y de comodidad. ¡Sin embargo sucede! Y sucede porque la clave no está en el cargo, ni en las actividades, sino en la actitud del hombre que decide hacerse cargo de su propia formación.

Me he entretenido a lo largo de esta intervención descubriendo a los Obispos lo que debe ocurrir en el corazón de sus formadores. No era el objetivo, pero sería deseable despertar en todos ustedes una nostalgia de la formación. Pero lo he hecho, sobre todo, para ofrecerles **materia abundante para el diálogo personal con los padres del equipo formador**. Estimular esta disposición formativa y evaluarla es un

modo específico para que el Obispo ejerza su papel de primer responsable de la formación.

Por último, quisiera especificar algunas estrategias que facilitan el acompañamiento de los formadores.

- **Dialogar continuamente** con el Rector. Aplicar a esta relación las normas fundamentales del diálogo, dando la prioridad a la escucha. Conviene evitar una postura autoritaria del Obispo en su relación con el Rector.

- **Escuchar al equipo formador**, sobre todo en lo que se refiere al proyecto integral de formación, garantizando que sientan apoyo y sintonía del parte del Obispo. Para ello, reunirse con ellos con cierta frecuencia.

- **Dialogar con cada formador**, aprovechando los ritmos naturales del calendario escolar y previendo con suficiente antelación los cambios en el equipo formador. Garantizar que el Obispo conozca la situación de cada formador para que pueda juzgar, junto con el Rector, sobre la conveniencia de que continúe o no en la formación.

- **Identificar nuevos formadores**. Entre los mejores sacerdotes de la diócesis, identificar con claridad quiénes podrían integrarse al equipo formador y prepararlos convenientemente, sabiendo que este tipo de preparación es útil también para cualquier otra encomienda pastoral, pues el sacerdote siempre es formador del pueblo de Dios.

- **Cuidar el paso de la formación inicial a la permanente**. Un formador que ha prestado un buen servicio en la formación inicial permanece como un referente para las nuevas generaciones sacerdotales y, terminado su servicio en la formación inicial puede hacerse cargo de algún aspecto de la permanente. Es tarea del Obispo verificar las condiciones personales para dar este paso y proveer la adecuada preparación.

✠ Jorge Carlos **Patrón Wong**
Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero